

JAVIER CHIABRANDO

Larga vida
al panfleto

Página 2

SEBASTIÁN BASUALDO

Entre la política
y el panfleto,
de Rosas a Perón

Página 3



CARLOS ALETTO

¿Quién de
nosotros escribirá
el *Facundo*?

Página 4



SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 235 | JUEVES 2 DE JUNIO DE 2016



Sus orígenes pueden rastrearse en los libelos políticos de la antigua Roma. Pero desde la invención de la imprenta, y sobre todo desde la aparición de los periódicos de lectura masiva, el panfleto se transformó en vehículo de ideas, en agitador de conciencias y, ocasionalmente, en notable material literario. Un repaso por la escritura panfletaria, cuya marca de agua figura en la simiente de la literatura argentina.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"La primera #NiUnaMenos", una muestra documental que se exhibe en la Legislatura porteña para luego recalar en otros lugares, reconstruye desde la fotografía la multitudinaria marcha del 3 de junio de 2015 en contra de los femicidios y otras problemáticas de género, a través de imágenes que reflejan el modo performativo con el que se canalizaron esas demandas. "Ni una menos es un

significante presente, cada vez que hay una demanda de género se lo nombra", reflexiona en diálogo con *Télem* Salvador Batalla, integrante de *Ojo Dentado*, el colectivo que hasta el próximo 10 de junio exhibe una selección de más de 50 fotografías de la primera convocatoria de esta denuncia pública que mañana volverá a tomar las calles para gritar contra las violencias.



Larga vida al panfleto

El término lleva implícito el juicio que intenta desvalorizarlo. Pero la literatura argentina nace bajo ese signo: el texto literario como herramienta política contra el enemigo de ocasión. Un recorrido por los escritos de Sarmiento, Alberdi, José Hernández y Gombrowicz, cultores de la literatura panfletaria.



→ JAVIER CUYABRANDO

Panfleto. Pocas palabras se han utilizado con tanta vehemencia cuando se trata de desacreditar un texto. Según Mario Vargas Llosa: "Muchos autores han escrito para combatir dictaduras brutales y corruptas. Esos es moral y políticamente correcto, pero desde el punto literario son panfletos". Tanto se usó la palabra para desacreditar que la reacción fue la aparición de aquellos que la utilizaron para reivindicar sus características, al menos la de ser el formato utilizado por los que no tenían recursos para dar a conocer sus ideas.

Es que este género ha tenido grandes cultivadores, entre ellos Voltaire y Victor Hugo. Y en su genealogía se encuentran textos de gran influencia en la literatura hispanoamericana: el *Manifiesto comunista* de Karl Marx, *Mi lucha* de Adolf Hitler (por estos días éxito editorial en Alemania en una edición comentada) o el *16 años* de Emile Zola, alegato y panfleto que ha marcado a generaciones. Como si no



¡INDIGNADOS! UNA JOVEN LEE EL LIBRO DE STÉPHANE HESSEL EN LA PUERTA DEL SOL, MADRID, DURANTE LAS MANIFESTACIONES DE INDIGNADOS EN 2011.

faltarán contradicciones en esta larga tensión entre valor literario y valor comunicativo, cuando la balanza parecía inclinada hacia el lado de los que denigraban la literatura como panfleto, en 2010 las veinte páginas de *Indignados* del alemán Stéphane Hessel se transformaron en guía de toda una generación de jóvenes europeos "indignados".

El panfleto, llamado también libelo o incluso cosas peores, habría tomado el nombre de una obra teatral del siglo XII: *Pamphilus sea de amore*. Nunca tan claro como en otras ocasiones la palabra lleva implícito el juicio que intenta desvalorizarlo; sin embargo, la literatura argentina nace bajo ese signo, el del panfleto, texto literario con una gran carga política contra el enemigo de ocasión. No es casual que cuando Rosas conociera la publicación del *Facundo*, dijera: "... señor; así es cómo se ataca; ya verá usted cómo nadie me defiende tan bien". Según J. C. Rodríguez A. Salvador, en los inicios de la literatura argentina es imposible distinguir cuando escriben "literatura políticamente dicha o literatura política". Panfleto y sátira, de límites difíciles de distinguir, forman parte del costumbrismo. En la campaña periodística de Domingo Faustino Sarmiento de 1845 se percibe la influencia de los recur-

sos del costumbrismo, sobre todo los de Mariano José de Larra.

Otro gran exponente es Juan Bautista Alberdi, que en sus artículos de *La Moda*, periódico que cofundó, firmaba como Figarillo las notas donde ridiculizaba la sociedad y disparaba contra Rosas; panfleto, costumbrismo y sátira, los tres en uno. *La Moda* sobrevivió veintitrés números dedicados a la moda en Europa, a la música, la poesía, la literatura y, por supuesto, a las costumbres. En la década del 50 Alberdi aporta otra particularidad al panfleto, que lo emparenta a los luchadores que sin recursos se esforzaban por comunicar su ideario: escribió los textos a mano alzada sin pasar por la imprenta.

Y no son pocas las ocasiones donde la palabra panfleto se torna decididamente un elogio, casi siempre aplicado a la capacidad combativa del texto. Un caso es el del olvidado panfleto "Memoria sobre el camino trasandino" con que José Hernández cierra la primera parte del *Martin Fierro* y que sería reemplazado en ediciones posteriores por la segunda parte de las peripecias del desertor. Este artículo, publicado en un periódico, también tiene un vínculo con la relación del gaucho con la naturaleza y la necesidad de su conquista, entre otros ideales románticos.

Ricardo Rojas nos recuerda que en 1878 Mitre escribió "un panfleto elogioso -hacia la tierra guaraní- que llamó *Ayeros* Cua-

ba Curi". Mariano A. Pelizza, en un artículo de 1877, elogió a *Amalia* de José Mármol por tres rasgos fundamentales, entre ellos el de ser una "Novela panfleto, narra y combate una situación. Libro y espada a un tiempo...". Ricardo Rojas también elogió el carácter panfletario de Mármol: "Ciudadano sincero, fulminó en *El Pañal* y otros panfletos la tiranía que pesaba sobre su patria".

¿Pero qué pasa cuando las condiciones sociales en las que fue escrito el texto cambiaron por desaparición del enemigo o aparición de un peligro más evidente? Una respuesta es lo sucedido con *Facundo*, cuando tanto la introducción como los dos capítulos finales fueron olvidados por Sarmiento en la segunda y tercera edición. Así se lo hace saber a Alsina: "He suprimido la introducción, como inútil, y los dos capítulos últimos como ociosos hoy...". Es que en 1851 era innimente la caída de Rosas. En la tercera edición, de 1868, año en que Sarmiento es elegido presidente, el autor tampoco repone las partes suprimidas.

El tiempo vuela pero la lucha por las ideas sigue y por desparecer del mundo del otro siglo. Y si sátira y panfleto se confunden o tienen puntos de contacto, hay que recordar que en 1947 Witold Gombrowicz y Vir-

gilio Piñera publican *Aurora: Revista de la Resistencia y Victoria*. Revista de la *Resistencia y Victoria*, dirigida a Victoria Ocampo, dueña de la cultura oficial de Buenos Aires. Estos panfletos fueron distribuidos por los autores en los círculos literarios de Buenos Aires, siguiendo el modelo de los luchadores sociales del siglo XIX o del mismísimo Alberdi. El estilo panfletario de Gombrowicz no termina allí, también escribe *Contra los Poetas*, sin olvidar que *Ferdynand* ke como panfleto contra los críticos para terminar siendo un texto filosófico.

La palabra panfleto aparece y desaparece en la piroteoría verbal de la crítica o de los escritores. Y vuelve a ser utilizada como desacreditación de una forma de lucha por el imperio de las ideas. Los ejemplos abundan. Richard Millet escribe uno para reivindicar al noruego que asesinó a setenta y siete chicos en un campamento. Dice: "Breivik es el producto ejemplar de la decadencia de Occidente". J.M. Coetzee le responde que el texto es repugnante. Matilde Sánchez, entrevistada a Piglia y le pregunta sobre textos de Cortázar: "es la tradición del panfleto". Cortázar (*Malparido*) y *Salazar y Castañón*. El diario *Libération* dice que *Sambiviva* de Michel Houellebecq es un "panfleto político tanto como una obra literaria". Así podríamos seguir. La conclusión es sencilla: muere el panfleto. Larga vida al panfleto.

PARA ACERCARSE "AL GOYA MÁS GENUINO, OBSERVADOR Y CRÍTICO DE LA REALIDAD"

La exposición "Goya, el sueño de un genio", que acaba de inaugurarse en el Museo de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Munترف), en Caseros, propone acercarse al perfil "más genuino, observador y crítico de la realidad" del pintor y grabador español, en palabras de Ángel Navarro, curador de la muestra. Se exhiben 134 piezas realizadas en el siglo XIX por el maestro Francisco de Goya y Lucientes,

provenientes de los museos Lázaro Galdiano de Madrid, Castagnino de Rosario, Nacional de Bellas Artes y de algunas colecciones privadas. "Goya fue pintor de la corte, pero en su intimidad pintó obras muy personales: los grabados muestran al Goya más genuino, que está trabajando libremente, gran observador, muy crítico de la sociedad en la que le toca vivir", explica Ángel Navarro.



JUEVES 2 DE JUNIO DE 2016 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Las tensiones políticas de los siglos de historia argentina han erigido a Juan Manuel de Rosas, Eva y Juan Domingo Perón como las tres figuras centrales de la literatura panfletaria. Echeverría, Sarmiento, Borges, Bioy, Martínez Estrada y Cortázar han contribuido a esta tradición, con la inteligencia de la mente y la virulencia de la pluma.



EL MATADERO. TEXTO FUNDACIONAL DE ESTEBAN ECHEVERRÍA. GRABADO DE ALBERICO ISOLA, MUSEO HISTÓRICO NACIONAL DE BUENOS AIRES.

Entre la política y el panfleto, de Rosas a Perón



SEBASTIÁN BAGULKO

Si bien el panfleto político-literario, al igual que cualquier otro género discursivo, se ha visto modificado en relación a las distintas prácticas sociales con el correr de los años, sigue siendo como arquetipo "parte de la literatura de combate y constituye un género contiguo de la polémica y la sátira", como bien señala Natalia Paula Fanduzzi. Es un escrito dialéctico que evidencia un debate ideológico en un tiempo-específico. En tanto escrito polémico, el panfleto político puede de manifiesto discursos en tensión, irreconciliables entre sí en una polarización en la que indefectiblemente se termina imponiendo la lógica del enunciador. El panfleto es un escrito polémico: en el que interacciona el autor con el lector. Las puestas hacia la imposición final de un contradiscurso que busca subvertir el orden imperante.

En el caso de nuestra literatura, entre los ejemplos más canónicos se encuentra "La refalosa" de Hilario Ascasubi, poema contra el régimen rosista donde subraya una carta amenazante al gaucho Jacinto Cielo por parte de un mazorquero y desde luego, el *Fanfolón* de Domingo Faustino Sarmiento junto a ese texto fundacional de la literatura argentina que es *El Matadero* de Esteban Echeverría, "ese panfleto destintive hacia la figura de Juan Manuel de Rosas", según escribe el escritor Rodolfo Edwards en su libro *Con el hombro y la palabra. El peronismo en las letras argentinas. Una historia de odios y lealtades*. Allí se puede leer de qué manera un siglo más tarde reaparece la tradición o acaso el espíritu del panfleto político literario desde distintas perspectivas y en géneros discursivos tan distinales como ser la novela y el graffiti, el cuento y el folletín, canciones y diarios, siempre con un propósito o un matiz, tanto a favor como en contra, sobre el movimiento peronista y, naturalmente, las figuras de Perón y Evita.

Siempre según Edwards, el panfleto en Ezequiel Martínez Estrada resulta evidente cuando

hace un inventario de relatos que funcionaron como modos de réplica literaria al rosismo y a la "barbarie" pero lo más interesante es que adjudica a la ficción literaria una función insoslayable a la hora de "contar" la historia argentina. Devoto del mito del eterno retorno, rápidamente salta al año 1946 asociando el peronismo naciente con los años rosistas: "Es la misma aventura con distintos actores y una *mise en scène* mejor", dice el autor, dejando bien en claro la existencia de una continuidad entre los dos procesos políticos.

Desde otra perspectiva pero en concordancia ideológica también puede leerse a modo de panfleto el artículo publicado por Jorge Luis Borges en el número 237 de la revista *Sur*, titulado "L'illusion comique", "donde asocia lo sentimental a lo patético y al peronismo con la mentira y el enmascadamiento, mientras glorifica la flamante Revolución Libertadora". Solo que, si bien, es gran creador de síntesis tradiciones y clausuras, entiende que el panfleto se inmortaliza en

la obra literaria y por eso escribe "El simulacro" y junto a Adolfo Bioy Casares *La fiesta del monstruo*, firmado como Honorio Bustos Domecq. Asimismo, en *Con el hombro y las palabras*, Edwards hace referencia durante una entrevista a un cuento de Juan Rodolfo Wilcock que se llama "Casandra", y donde no se menciona a Evita pero se hace una parodia de ella, y la protagonista del cuento es una especie de dictadora caprichosa. Por otra parte, Edwards señala que el caso de Cortázar fue cambiando con el tiempo pero fue muy sincero en una entrevista con Francisco Urondo, donde expresa que estuvo muy duro con los peronistas en su cuento "Las puertas del cielo", que es el texto más violento en ese sentido.

"Para escribir este libro me pareció importante ver cómo en la ficción se baja línea. Ahí tengo una diferencia con la crítica académica que se burla y vomita todo al autor. A mí me interesa preguntarme quién es el autor, de dónde viene, porque las ficciones no son inocentes", aclara Edwards. Quizá sea justamente en esa zona donde por alguna razón llega de la autonomía de la literatura (la últi-

ma resistencia en este sentido podría ser el grupo de Boedo) comienza a surgir y se instala en un imaginario colectivo no ya el panfleto sino su adjectivación, donde el énfasis no recae sobre la obra sino sobre el autor a quien de manera peyorativa se lo tilda de panfleterio. Una etiqueta que no va en desmedro de la calidad literaria pero predispone de un modo a su recepción. Muchos autores como Mario Benedetti, Eduardo Galeano y hasta Pablo Neruda han sido catalogados, como panfletarios. ¿De dónde surgió esta mirada del autor? ¿Habrá algo entre el panfleto y el panfletario? Hay una novela de Beatriz Vignoli, *D.F.* (deficiente aptitud física), una obra que a pesar de contar con la fuerza del panfleto no ubica a la escritora en una línea panfletaria, quizá porque la crítica y la sátira no es ya contra una figura o un régimen particular sino a un sistema de clases, de género y de disparición hundiéndose a toda una generación en la lenta agonía de un fracaso heredado por el silencio.

Aerea. Revista Hispanoamericana de Poesía, dirigida por los poetas argentinos Eleonora Finkelstein y Daniel Calabrese, acaba de ser relanzada en Chile. En las 400 páginas de su segunda etapa –la primera se extendió de 1999 a 2007– incluye una voluminosa sección de experiencias visuales: poesía concreta ficción-hipertexto, poesía digital, performance, poesía cibernética,

audiovisual, juegos tipográficos y poesía cinética. Este número 10 de la segunda etapa (RIL ediciones) posee nuevo diseño en formato impreso y en versión digital para Amazon y otras plataformas (www.aepoesia.com), y cuenta con dos consejos editoriales internacionales, uno para el mundo anglosajón y otro conformado por poetas de otros muchos países.



CONTRATAPA

→ CARLOS DANIEL ALETTI

La célebre pregunta de Ricardo Piglia en su novela *Respiración artificial* inspira esta parábola que imagina la transformación de un intelectual argentino de pacotilla en un hombre de acción. Y su consecuente, aunque imaginable, derrota.



¿Quién de nosotros escribirá el *Facundo*?

El intelectual que hace media hora ha decidido comprometerse se encierra en su biblioteca para diseñar un mundo utópico, con sus leyes perfectas y sus hombres bien pensantes, altruistas, con una política ética y efectiva. Acaba de releer (el nunca lee por primera vez) el *post scriptum* de la carta de Roque en *Respiración artificial* de Ricardo Piglia: "A veces (no es joda) pienso que somos la generación del 37. Perdiéndonos la diáspora. ¿Quién de nosotros escribirá el *Facundo*?" Y en ese momento decide que será él.

En un acto sencillo e íntimo se autopromociona autoridad suprema de ese No-Lugar del pensamiento y la escritura y desde allí señala con su dedo acusador al político que trabaja y se desvive en este otro mundo sucio e imperfecto. Ya se siente –de la misma forma en que el Quijote se suponía un caballero andante que luchaba contra gigantes– un intelectual comprometido.

En un momento de crisis, el intelectual acostumbrado a realizar proyectos de investigación para concursar en cargos o becas universitarias (y así merecer, también, su condición económica) se le haya escudado desarrollar un "estado de la cuestión" de su

"objeto de estudio", la política. El ahora intelectual de encierro entra el humo de su tabaco y sus libros de Gredos o Amorortu evita ese paso y elabora una hipótesis ideal, donde crea un mecanismo aceitado sin la condición humana o sin el contexto adecuado al país en el que vive: su geografía, su cultura, su idiosincrasia, su historia...

El intelectual de encierro argentino, sin ir más lejos, piensa un país sin argentinos, sin peronismo, sin un pasado conservador y liberal, sin dictaduras y sin miserias humanas, o, en el mejor de los casos, lo piensa así para sus libros, pero a la hora de llevar su teoría a la práctica, de bajar al terreno de lo real –cuando digo "real" no hago mención a la pipa de Magritte ni a Foucault, sino al "barro"– ahí no menciona esos obstáculos.

Es ese el momento en el que el intelectual argentino enciende su puro o su pipa, acaricia a su gato, pone una mano en su frente y la vista en un punto de fuga lejano, espera el momento de epifanía, y se prepara para escribir arrojando sobre el teclado de la computadora como si fuese el órgano de la Catedral. Termina de escribir un párrafo, mira la pantalla e hincha el

pecho orgulloso de lo que acaba de pensar. Se memoriza la frase, incluso con sus comas, porque es lo que repetirá hoy cuando el periodista le pregunte lo que piensa sobre el político y lo publicará mañana en el periódico centenario. En definitiva: el intelectual siente que es más importante decir que hacer; por eso dice que "hacer es más importante que decir".

El intelectual piensa que el político (y la sociedad toda) está en deuda con él, sin embargo el político y la sociedad, por lo general, pagaron parte de sus estudios, su sueldo universitario, le otorgaron becas para que investigue cuestiones de forma que no solucionan de ninguna manera el problema de fondo, problemas que, sin embargo, está dispuesto a plantear pero sin dar respuestas pragmáticas.

El no se permite ignorar que existe el intelectual que luego del encierro de años, de las horas de lectura y escritura, como lo hizo el propio Sarmiento antes de escribir *Facundo* que baja al bar, se toma un whisky y se enfrenta con los leones y sin esperar el pulgar para arriba hace todo lo que puede por el otro.

Antes de escribir su *Facundo*, entonces, se propone trabajar por el otro. Hasta ese momento, para el intelectual "el otro" era un tér-

mino que Lacan solía escribir con minúscula o mayúscula según el caso. No será fácil ser presidente de la Nación, pero ahora milita, trabaja y gestiona obras de infraestructura, consigue terrenos y viviendas para los desposeídos, funda bibliotecas populares, se hace cargo de un barrio (de la Sociedad de Fomento) y lucha contra todos los obstáculos. El intelectual comprueba, como si fuese en un trabajo de campo, que el vecino que se quejaba por la inseguridad le compra lo robado al ladrón. Advierte con el correr de los días los vecinos nunca le agradecen lo que él hace, pero se quejan por lo que todavía no hizo. Una mañana cualquiera, mientras lleva a sus hijos al colegio, una vecina furiosa lo insulta porque "le dejó" el gas a media cuadra y, más tarde, casi al mediodía, un desquiciado le grita lo que otros piensan y callan: que los zapatos que lleva puestos (ya sucios y recién huera los) los compró con la plata de ellos.

Entonces, este intelectual de mediana pluma llega a un tope con la pirámide de Maslow arrastrada por las diez plagas contra el ego. Cena en familia. Acuesta con un beso a sus hijos y le dice a su espo-

sa que lo espere en la cama. Elige el libro que tiene más a mano y se escuda detrás del último ensayo de Agamben. Pero se desconcierta: sospecha por un instante lo tranquilo que serían sus días si no se le hubiese ocurrido trabajar por el Otro (recuerda a Jean-Paul Sartre y apunta en su block de notas la frase: "L'enfer, c'est l'Autre"). No hay dudas de cómo volvería la paz a su vida porque "Ars longa vita brevis". Ahora apunta la cita de Hipócrates, acaricia una vez más al gato, pellizca una hebra del tabaco inglés y mira hacia la zona difusa donde la luz empieza a confundirse con las sombras de la casa: inevitablemente piensa en Platón, en Virgilio, en Dante, en una cita de Borges sobre la *Commedia*, y de repente sucede lo inevitable. Entra un rumor por la ventana semiabierta: son acordes de cumbia de alguna casa vecina que lo enajenan (se convierte en ajeno, en otro) y piensa que el otro ya es fello, está a la vista, escucha esa música y recuerda que él tiene unos abrigos por lavar que cubren su ropa y reconoce, sin ninguna desazón, que al *Facundo* del siglo XXI lo escribirá alguno de los tantos intelectuales que él conoce y si ninguno lo escribe, tampoco será algo tan grave, ni para la historia ni para la literatura argentina.